

Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR

03 / JUNIO DE 2014

Noticias • Relatos • Artículos • Entrevistas • Ilustración

Valinor. Revista Editorial.

Ilustración de portada: Yuly Alejo.

Equipo de la Revista Valinor:

Jessica Tornos. Redacción, prensa.

Myriam Crespo. Redacción, ilustración.

Violeta Moreno. Redacción, corrección.

Diego Bober. Redacción, maquetación, diseño gráfico.

Contacto:

Correo de la revista: revista@editorialvalinor.com

Correo de la editorial: info@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons International License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.

VALINOR

Editorial

Os damos la bienvenida a un nuevo número de la revista Valinor. Es la tercera vez que nuestro barco zarpa tendiendo el puente a todos aquellos que quieran acompañarnos en este nuevo viaje a costas inexploradas, en el que cada vez contamos con más aventureros con quienes compartir travesía e historias.

Un mes más, queremos daros las gracias por acompañarnos, por la acogida y el apoyo con el que nos animáis en las redes, y en especial, a todos los autores (que han sido numerosos) que nos han enviado sus originales, no sólo depositando sus esperanzas en nosotros, sino su confianza: miles de gracias. Con el periodo de recepción ya cerrado, estamos satisfechos con la gran cantidad de originales que hemos recibido ¡y eso que nos queda muchísimo trabajo por delante! Estamos seguros de que encontraréis tan interesantes como nosotros las obras que están por llegar.

Abrimos este número de junio con interesantes noticias del mundo editorial y algunas curiosidades que seguro que os arrancan una carcajada. El escritor Arthur Charlan nos habla sobre el pensamiento crítico en el artículo de este mes, y además será el encargado de ofrecernos el relato de terror *"La casa de Bradford Abbey"*. La fantasía épica correrá de la mano de G. Escribano con el barbarismo de *"Garcan"* y de Isabel Cisneros con *"A través del bosque rojo"*. *"El alumno nuevo"* de Javier Mariscal será el relato de ciencia ficción de esta entrega.

Entrevistaremos a los chicos de Tierra Quebrada que nos explicarán en qué consiste su interesante *"Proyecto Golem"* y en el Imaginarium os presentaremos a Yuly Alejo, la artista que protagoniza la espectacular portada de este número. Por último, las aventuras de *"Chriss-tall"* a través de las que nos lleva Geraldine de Janelle seguirán intrigándonos, mientras *"Otto"*, el perrito creado por Boebaert continúa con su vida perruna en pleno apocalipsis zombie.

Esperamos que disfrutéis de la travesía tanto como nosotros disfrutamos capitaneando esta nave. Nos vemos en la próxima entrega.

¡Viento favorable, navegantes!

El equipo de Editorial Valinor

¿Quieres ser publicado en nuestra revista?

Envíanos tus relatos cortos, noticias, anuncios, artículos, poemas, microrrelatos, fotografías o ilustraciones a:
revista@editorialvalinor.com

COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

Arthur Charlan, articulista y escritor.

G. Escribano, escritor.

Yuly Alejo, ilustradora.

Proyecto Golem, agrupación.

Isabel Cisneros, escritora.

José Manuel Mariscal, escritor.

Géraldine de Janelle, escritora.

Boebaert, ilustrador.

GRACIAS A TODOS

V
a
l
i
n
o
r



SUMARIO



Noticias

Breve repaso a la actualidad que nos interesa.

PAG. 6



Pensamiento crítico

Por Arthur Charlan.

PAG. 8



Garcán, el hijo del dios

Relato de fantasía épica por G. Escribano.

PAG. 9



Imaginarium

Yuly Alejo, ilustración.

PAG. 14



Entrevista al Proyecto Golem

PAG. 19



La casa de Bradford Abbey

Relato de terror por Arthur Charlan.

PAG. 23



A través del bosque rojo

Relato de fantasía épica por Isabel Cisneros.

PAG. 26



El alumno nuevo

Relato de ciencia ficción por José Manuel Mariscal.

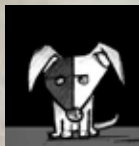
PAG. 29



Christall

Serie de relatos de terror y aventuras por Géraldine de Janelle.

PAG. 33



Otto

Tira cómica de Boebaert.

PAG. 37

Noticias

¡Un alto elfo se enfrenta en Portland a Morgoth, el Señor Oscuro!



Foto: KPTV/KPTV

Conocedor de su superioridad y confiando en su experiencia en batalla, un alto elfo ataviado con cota de malla y mandoble, atacó a Morgoth en un cruce en pleno Portland (Oregón). Morgoth contó con apoyo policial y el asalto se saldó con nuestro héroe en comisaría. Cuando el LSD dejó de alterar su organismo, el alto elfo resultó ser un joven que confundiendo a un BMW con el señor oscuro, atacó al vehículo y a su aterrorizada ocupante con la esperanza de exterminar el mal de la Tierra Media. Después del relato de los hechos, nuestro elfo aseguró no arrepentirse de nada. Al fin y al cabo, ¿quién se arrepiente de ser un héroe de la Tierra Media?

Por si pensáis que la noticia no es real, aquí tenéis el [link](#)

¿Quieres morir en Poniente?

Por un módico precio puedes ser ejecutado por el inclemente autor de *"Canción de hielo y fuego"*, George R.R. Martin, en la siguiente entrega de la saga. Si estás dispuesto a pagar 20.000 dólares, tienes la oportunidad de convertirte en uno de los personajes de esta historia de fantasía y crudas conspiraciones, y encontrar un fin violento, como ya les ha ocurrido a muchos de sus personajes. El dinero será destinado a causas benéficas, pero si no te llega la calderilla, siempre puedes optar por colaborar pagando por desayunar con el autor (15.000 dólares), o por entradas para la *premiere* de la 5ª temporada de Juego de Tronos (7.500 dólares). Si no apareces, es porque no quieres.



Foto: Agencias

Premios a las mejores novelas de ciencia ficción del 2013

"Strange Bodies" de Marcel Theroux, una novela en la que personas fallecidas recientemente y siglos atrás regresan a la vida ocupando nuevos cuerpos, ha ganado el premio John W. Campbell a la mejor novela de ciencia ficción publicada en 2013. Marcel Theroux ya quedó como finalista del National Book Award con su novela *"Far North"*.

Noticias

Penny Dreadful renueva una temporada más

Showtime ha anunciado a través de las redes sociales la renovación de la impactante y exitosa serie "Penny Dreadful". Las excelentes críticas recibidas en su estreno y el seguimiento de más de 4,8 millones de espectadores semanales han hecho posible que podamos seguir intrigándonos un año más con esta historia calificada como "terror psicosexual".



Foto: Showtime



Foto: Disney

Maléfica conquista las taquillas

Maléfica demuestra que los villanos siguen siendo nuestros favoritos al recaudar 3,15 millones de euros durante el fin de semana de su estreno. La película de Disney, protagonizada por Angelina Jolie, ya ha superado el éxito que cosechó el estreno de "Iron Man 3" el pasado año. ¿Tendrá que ver con la magnética mirada de Angelina?

Se acerca el Celsius 232 de Avilés

La organización del festival Celsius 232 de Avilés, que confirmó el año pasado la presencia para 2014 de Patrick Rothfuss, autor de "El nombre del viento", ha vuelto a asegurar a través de [su twitter](#) la asistencia del autor, asegurando que "no es broma". Y por si aún teníamos dudas, el propio autor ha anunciado su asistencia organizando un [evento en Facebook](#).

El festival se celebrará del próximo 31 de julio al 3 de agosto en la ciudad asturiana de Avilés.



Foto: Fanfictia.com



Pensamiento crítico

Un artículo de opinión de Arthur Charlan

Parece recorrer un virus amnésico por los grandes corredores de los diferentes medios de comunicación de este país, periódicos, radio y platós televisivos o tal vez sea un fallo de programación, un corte eléctrico permanente con pequeños ajustes o atisbos de una realidad perenne, o permítanme descansar en la expresión *virus neuronal de abstracción sincronizada permanente*. ¿Que por qué digo esto? Digamos que hay varios motivos aparentes, uno de ellos es la posibilidad de que tanto los que dirigen los programas culturales de este país, sean cuales sean los medios que se utilicen para ello, se hayan olvidado de una parte de la historia. Y me refiero al olvido de los grandes escritores de la literatura de ciencia-ficción, fantasía y terror. Una segunda posibilidad entraría en la pérdida de información debido a un virus informático, por lo tanto estaríamos hablando de grandes pérdidas de almacenamiento sin posibilidades de recuperación salvo apuntes a mano. Otra posibilidad es la denominada censura, posible y plausible.

Pero circunstancias dubitativas al margen, ¿cómo es posible que en los pocos programas culturales que hay en los medios de este país, estos géneros sean menos del 1%? ¿Podría estar relacionado con el mercado económico, o ser una mera coincidencia o a la postre una cuestión meramente educacional?

Por otro lado no nos engañemos, la cultura es hoy día puramente mercantil, un logro comercial para los empresarios, donde lo importante al fin y al cabo solo son cifras de unos y ceros, cuantos más ceros mejor. Estamos de acuerdo que muchas veces hemos escuchado hablar de Ray Bradbury, H.G. Wells, Arthur Conan Doyle e Isaac Asimov, pero en la mayoría de las ocasiones solo como referencia o debido a un programa especial. Pero cuántas veces se nos ha hablado de Carlos Ruiz Zafon, Terence Moix, Isabel Allende, Paulo Coelho... sin desmerecer su literatura, y cuán poco se

nos ha hablado de Philip K. Dick, Stanislav Lem, Roger Zelazny por mencionar a unos pocos. Digamos que nos merecemos algo más. Pero continuemos hablando, hablemos ahora de los premios literarios, pues sucede otro tanto, digamos que si se hablara de los premios: Locus, Nebula, Hugo, Ignotus, y menos de los premios: Planeta, Nadal, Cervantes... estaríamos hablando de una situación muy diferente a la actual, y eso que no estamos hablando de la decadente sociedad española que para no leer prefieren los programas de la televisión rosa, irresponsable.

Ante una evidencia tan tangible tenemos que dar un aplauso a los grandes esfuerzos que están haciendo numerosas personas, profesionales y aficionadas a los géneros de ciencia-ficción, fantasía y terror a través de Internet, en este caso agradecer a Editorial Valinor la apuesta arriesgada de unirse a este esfuerzo, que se suma a los diferentes medios que abogan por la cultura y "subcultura" junto a otras personas que rescatan del olvido géneros literarios que están siendo devueltos de sus cenizas en diversas revistas y fanzines españolas y latinoamericanas a través de sus traducciones. Un esfuerzo muchas veces altruista y gratuito pero gratificante. Un esfuerzo que merece ser recompensado con sus lecturas y seguimiento a la vez que las difundimos, para beneficio de todos.

Arthur Charlan

Puedes seguirle en [su blog literario e informativo](#)



Garcan el hijo del dios

Un relato de fantasía épica de G. Escribano

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que, en la configuración del relato, hayan participado tantas personas como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo haber sido compuesto. Esta versión adaptada al elisio moderno, que con ciertas variaciones aparece en los ciclos posteriores de tiempos brumosos, la recogí durante una de mis expediciones a las ruinas de Tarsis.

Fdo: K. Grafos.

«Su poder era tal, según he oído, que él solo derrotó al primer ejército invasor de los Seudos del Mar. Y dicen que comía un buey al día. Sin cocinar. Él solo».

Conversación oída en una taberna.

Era un héroe, o eso decían en la tribu. Podía enfrentarse a los pálidos.

Aún respiro. Garcan estrujó la empuñadura áspera de su hacha de leñador, le ardían los brazos. Frunció el ceño y contó una docena de guerreros pálidos. Vestían el bronce e iban tan armados como para arrasar toda la Tierra de Cerros en un par de lunas. Venablos goteando sangre, espadas cortas, abollados escudos ovalados. Tres jinetes alzaron unas sanguinolentas lanzas de fresno; apenas podían contener a las enormes moles de carne que caracoleaban...

¿Por qué yo? Una figura misteriosa emergió entre las carrascas. Encapuchada, muy quieta y vestida de negro sobre una horrible mantícora trigueña. La criatura bufó, hundió las felinas garras en la tierra y alzó su cola de escorpión. El aire hedía a cenizas y carne quemada. La figura señaló a Garcan con una mano enguantada y soltó una espantosa frase en una lengua infernal. *¿Aún respiro?*

El cerritano paladeó una sangre viscosa y escupió. Echó un vistazo al bosque e hizo un rápido recuento de su lamentable estado. Una muela menos, dos tajos en la espalda, cortes en la cara,

las manos despellejadas, los costados llenos de moratones, arañazos en las pantorrillas... Apretó los dientes para aguantar el dolor y tomó la decisión más inteligente de los últimos tres días de fuga.

Podía enfrentarse a ellos, aunque no lo haría. Era un héroe, o eso decían en la tribu. Pero ya no había tribu. Haría lo que mejor se le daba. *Corre, estúpido.*

Garcan galopó como si el mismo Tagodis, recién salido de los infiernos, le persiguiera con su falcata justiciera. Saltó por encima de una mata de esparto, trastabilló, agitó los brazos en el aire, corrió, tropezó con un matojo de tomillo y siguió adelante. Los pálidos aullaban a su espalda. Las pezuñas de los caballos hendían la tierra y el suelo temblaba.

Los muslos le ardieron, pero no se detuvo. Se deshizo de su ajada capa arrancando la fíbula de bronce. Sin embargo, el escudo de madera y el hacha le seguían entorpeciendo la carrera. *¡Netón, corre conmigo!* Jadeó, rodeó las enormes raíces de una carrasca, enfiló una cuesta arriba y volvió la cara. Vio el ojo desorbitado de un caballo, un espumarajo de saliva y unos enormes dientes.

Garcan berreó y arrojó su escudo por los aires, que se estampó contra el pecho de un jinete. Oyó un chillido y se olvidó del destino del pálido. Brincó sobre una roca, pisoteó una mata de jara, esquivó una afilada piedra y ascendió por

el cerro poseído por los demonios. El pecho le quemaba y unas agujas invisibles le atravesaron la garganta. Miró hacia atrás y la punta de una lanza le rozó la cara; el aliento cálido de un garañón le abrasó la nuca. Apretó las mandíbulas y tomó la decisión más estúpida de los últimos tres días de fuga.

Dio un latigazo con el brazo derecho y, de mala manera, arrojó el hacha contra la mole de carne del garañón. La bestia relinchó cuando el pesado contrafilo del arma le partió el húmero. El animal, emitiendo ruidos infernales, cayó al suelo, se revolcó en el polvo y aplastó a su jinete.

¿Y ahora qué? Garcan siguió corriendo con las manos vacías, algo más ligero. Una espantosa sensación de inseguridad le succionó las tripas. ¿Qué he hecho, Netón? El Dios de la Guerra no respondió, por supuesto, no tenían muy buena relación desde la Masacre de Llanoseco. Además, no hacía falta, porque Garcan sabía la respuesta. *Cagarla otra vez.*

Trepó entre dos rocas, dejando un rastro de sangre. Aprisa, miró a su espalda. Había derribado a dos jinetes, pero el tercero seguía tras él, implacable. Los guerreros pálidos, armados hasta los dientes, cargados como toros de guerra, ascendían el cerro a un ritmo increíble. ¿Qué comen esos malditos?

Brujería. Lo supo, sin más, mientras saltaba por encima de un romeral que le llenó la sanguinolenta boca con su aroma. Tragó una saliva dulce, escupió con desagrado, eludió el tronco de una carrasca y descubrió su destino. Derrapó sobre el polvo con la boca abierta. ¿Cómo narices...?

Allí estaba. La mantícora trigueña abrió sus horribles mandíbulas y emitió un chillido repugnante. Un hilo de baba negra goteó por la hilera de tajantes colmillos de un palmo. Garcan se quedó sin aire y estrujó la áspera empuñadura de... las palmas de sus manos. Con los ojos desorbitados, palpó su cinto de guerra, pero sus cuchillos estaban lejos de allí, clavados en las tripas de un pálido. Oyó un relincho y los alaridos extraños de sus enemigos.

—La he cagado —gruñó.

Garcan encogió los hombros mientras los soldados le rodeaban, sin poder apartar la vista de la espantosa hilera de colmillos de la mantícora.

La única vez que se había enfrentado a una de esas bestias estuvo a punto de perder la mano. Y el antebrazo. Y el brazo. Bueno, la criatura le había mordido a la altura del hombro. *No fue muy agradable.* Arrastró un pie pobre el polvo, en busca de equilibrio.

La figura encapuchada, a lomos de la mantícora, dijo algo en su lengua infernal. Los pálidos formaron un círculo alrededor de Garcan, una muralla de escudos erizada de venablos. La figura misteriosa salmodió unas palabras absurdas mientras cerraba un puño. El cerritano miró alrededor, respirando agitado, y se fijó en los ojos de los pálidos. Percibió miedo en ellos. ¿Por qué?

El cerco se cerró un paso; casi podía tocar las puntas sanguinolentas de los venablos con las manos. *Qué muerte más indigna... Y lo peor de todo es que no sé que narices he hecho a estos malditos.*

Un estallido en su oreja izquierda le mandó al mundo de los dioses.

* * *

La sima era estrecha, oscura, húmeda, hedía a orina y hombre muerto. Cuando Garcan, al fin, encontró fuerzas para abrir los ojos, se tocó la herida en el cráneo, vomitó bilis y tosió. *¿Así es el mundo de los dioses?*

Tardó un tiempo en darse cuenta de que no estaba muerto, tampoco soñando. Se retorció de dolor en la estrecha grieta, mientras oía el eco de los gemidos de su estómago y se pasaba la lengua por los labios agrietados. En realidad, tampoco era muy consciente de cómo transcurría el tiempo allí abajo, en las entrañas de la tierra, puesto que no había luz. Si había amanecido o anochecido afuera, era un misterio insondable.

No estoy muerto, eso es una buena noticia. Pero estoy prisionero, y eso es una muy mala noticia.

Por fin, cuando Garcan reunió fuerzas para ponerse en pie, bufando como un mulo viejo, intentó encontrar una salida de aquellas tinieblas asfixiantes. Pero solo halló, mientras tanteaba indeciso con las manos, paredes angulosas y húmedas. ¿Cómo he llegado a este agujero?

El tiempo pasaba, inexorable e implacable, y

Garcan se debilitaba cada vez más. Empezó por contar sus respiraciones y terminó por perderse. Repitió con sus latidos y tampoco sirvió de nada. Era como, si en aquella oscuridad, su capacidad de meditación, de controlar su cuerpo conforme le había enseñado el dásgalo Auledo, se hubiese esfumado. La desesperación se abrió paso en su conciencia, acompañada de los brutales demonios del hambre y la sed.

Empezó a padecer calambres en las tripas y estertores en los miembros. Intentó consolarse llenando las tinieblas con sus viejos recuerdos; el aroma de Tanna; la voz del viejo Beltebas; los chillidos de la Emboscada de Malangosto; el color acre de la tierra; el chasquido de la leña de encina al partirse bajo su hacha... *¿Por qué yo?*

Entonces, decidieron darle luz. Estaba muy por encima de su cabeza, y procedía del cielo. Era como si hubiesen destapado un pozo y él estuviera atrapado en el fondo. Le arrojaron un currusco de pan negro y un pellejo de cerveza grumosa. Y empezaron a observarle desde las cornisas de su abismo. Al principio, distinguió varias figuras recortadas contra la luz. Más adelante, desaparecieron y dejaron paso a una silueta encapuchada que le resultó familiar. Se quedaba muy quieta, hierática, en silencio, con unos ojos brillantes y misteriosos.

—Este sitio es un poco incómodo —protestó Garcan, pero no recibió respuesta.

—¿Qué tal un poco de aire fresco? —preguntó al cabo de un rato.

Silencio.

—Gracias por el pan, es de hace un mes —soltó más tarde.

—¿Hablas mi lengua? —interrogó sin emoción.

La silueta le hacía dos visitas al día, al alba y al ocaso. Se asomaba sobre la sima, le contemplaba durante un rato con aquellos inquietantes ojos y desaparecía. A veces le arrojaba pan o un pedazo de queso seco que rumiaba durante horas, y otras veces se limitaba a escrutarle en silencio. En los ratos que no aparecía, Garcan trataba de escapar de allí.

La primera vez intentó trepar, pero la pared estaba demasiado resbaladiza. Al cabo de unos instantes, cayó de culo y se golpeó la nuca. La segunda vez, apoyó la espalda contra un lado y

los pies en el opuesto y, con un horrible esfuerzo, procuró deslizarse hacia arriba. El resultado fue una espalda despellejada y dolor en el costado al estamparse contra el suelo. La tercera vez, se limitó a saltar y chillar pidiendo ayuda.

Un amanecer, la silueta encapuchada le dijo algo en su lengua infernal.

—Me llamo Garcan —dijo él, esperanzado—. Y me pregunto qué os he hecho.

No hubo respuesta.

—Pues nada, esto debe ser un castigo de Netón.

La misteriosa silueta dio un respingo y Garcan creyó entrever la salvación.

—La verdad es que no he sido un modelo de comportamiento —farfulló indeciso—, por eso me ha debido retirar su favor. Netón.

La silueta volvió a moverse.

—¿Conoces a Netón? —aventuró.

La extraña figura desapareció. Al día siguiente no se mostró, tampoco al otro. Garcan lamentó sus palabras y se sumió en un hosco silencio, mortal, aburrido, doloroso. Intentó escapar de nuevo y como resultado, se partió las uñas de los dedos y se despellejó las rodillas. Al fin, al tercer día, la silueta se dejó ver y le habló en lengua cerritana. La voz le pareció femenina, aunque algo ronca.

—¿Eres el hijo de Netón?

—¿Uh?

—¿El hijo del dios?

—¡Netón no es tan estúpido! —soltó Garcan preocupado—. Os equivocáis de hombre.

—No.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

La figura desapareció y tardó varias jornadas en volver. Durante la espera, Garcan se torturó con la estúpida idea de que le hubiesen confundido con un descendiente de Netón. *¿A quién se le habrá ocurrido esa majadería? ¡Hijo de un dios! ¿Padre, me sacas de aquí? ¡Qué locura! Soy el hijo de un edecán desgraciado. Guerreo de vez en cuando, como todos. ¿Hijo de un dios?*

Los soliloquios se convirtieron en diálogos consigo mismo, en voz alta, mientras se dejaba el pellejo a tiras en la pared de aquella sima,

intentando escapar con el mismo ingenio y esfuerzo que un toro cornicorto. Ya se había acostumbrado a hacérselo encima, a cantar a la luna y bailotear en la oscuridad cuando, una jornada, le arrojaron una cuerda de esparto desde las alturas. Al principio, pensó que era una broma, pero cuando tiró de la sogá y le pareció firme, sólo se le ocurrió decir una cosa.

—Gracias, Netón.

Trepó, desnudo como estaba, dejándose las plantas de los pies en las aristas de la pared de la sima y, cuando llegó al exterior, aspiró un aire increíblemente puro, gruñó, se tumbó boca arriba en el polvo y cerró los ojos, cegado por la luz. Una oleada de placer inexplicable le embargó. Casi podía tocar los rayos del sol, agarrar el aire, disfrutar de... del puntapié que le atizaron en las tripas, que le vació los pulmones.

—Eres el hijo del dios.

Garcan gruñó y se frotó el vientre dolorido.

—Eres el hijo del dios —repitió la voz.

Garcan parpadeó y volvió la vista hacia la si-lueta. Seguía encapuchada, pero desde aquella distancia podía ver algo más que sus brillantes ojos. Era una mujer. O un demonio. O una hechicera siniestra. O una sacerdotisa. O todo aquello a la vez. A su alrededor, había una docena de aquellos soldados pálidos, tensos, armados, nerviosos.

—Si fuera el hijo de Netón —soltó Garcan—, os habría arrojado hachas de rayo y espadas de fuego. Os habéis equivocado de hombre.

—No.

—¡Uf!

Un soldado dio un respingo y otro soltó un resoplido. Un comilitón soltó una carcajada nerviosa y, el pálido que parecía al mando, em-plumado como un pavo, berreó una orden que provocó un tenso silencio.

—Has matado a veinte de los mejores soldados de las Ciudades Nación —dijo la mujer—, y has corrido tres días sin descansar. Eres el hijo...

—De mi madre.

Garcan suspiró y se incorporó, provocando una oleada de tirantes movimientos de los pálidos. Varias espadas salieron de sus vainas y un

venablo apuntó hacia su cara. *Estoy desnudo y desarmado, qué situación tan ridícula.*

—Eres grande como dos soldados y fuerte como tres —gruñó la mujer.

—Y cuando cago nacen montañas —atajó Garcan—. Si quieres creer que soy el hijo de Netón, me parece muy bien, pero... ¿qué tal si me dejas irme? ¿Qué os he hecho?

—Vivir.

—Un argumento sólido.

Hubo un inquietante silencio. La mujer se apartó la capucha con una mano angulosa de uñas afiladas. Tenía los ojos del color del fuego y el pelo negro y brillante como la obsidiana. Sus rasgos angulosos eran muy extraños. *Podría ser una pálida, pero podría ser un daimón.* Ella le miró a los ojos con una inusitada intensidad. Él se creció con el gesto.

—No te afecta la metalogía —dijo ella con sequedad. Aquella palabra interesó a los soldados.

—¿Eh?

—Y eres un bárbaro ignorante.

—Gracias. ¿Qué es lo que no me afecta?

—La metalogía —hizo una pausa—. La metalogía lo es todo. Y no es nada. Es el poder supremo de los mortales...

—¿Brujería?

La mujer afiló los ojos y Garcan contuvo la respiración. *¿Por qué yo?*

—Muy bien, no me afecta tu brujería —dijo sin más, pensando en lo doloroso que sería estar de vuelta en la sima—. ¿Y ahora qué?

—Cruzarás el mar conmigo. Vendrás a la ciudad. Te examinaré —hizo una pausa—. Quiero saber.

—Muy romántico todo, sí. ¿Y si no quiero ir contigo?

Ella miró la sima y Garcan comprendió. Dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo y contó sus respiraciones, miró alrededor, los rostros pálidos y asombrados de los soldados. Algunos apartaron la cara y otros levantaron las cejas. El líder arrugó la frente y estrujó la empuñadura de su espada corta. Estaba tan afilada que se po-

dría afeitarse con ella.

Garcan echó una ojeada a la mujer, dio una bocanada de aire y tomó una decisión desesperada. Estúpida y desesperada, pero la única que se le ocurrió, desnudo, desarmado y rodeado como estaba.

—¡Uh! —berreó. Alzó los brazos y los soldados dieron un paso atrás.

Sin pensar, saltó sobre la mujer, la estrujó y ambos rodaron por el suelo, los cuerpos muy apretados. Los pálidos chillaron, ella gimió y Garcan dejó escapar un viento por el esfuerzo. Apretó los dientes e hizo una tenaza en torno al torso y la garganta de la mujer. Se puso en pie y tiró de ella, que se debatió como un gato. Le arañó los antebrazos y el cerritano le estrujó la garganta.

—Si te estás quieta, vivirás —le susurró al oído—. Ahora, dile a tus amigos que dejen las armas en el suelo y traigan un caballo.

—No.

Garcan apretó el cuello de la mujer y, por un momento, cuestionó su cordura. *¿Y si se deja morir? Me afeitarán el gaznate con esas espadas.*

La situación era desesperada. Garcan le hundió los dedos en la garganta y volvió a susurrarle al oído. Ella palmeó el aire, le soltó un talonazo en la espinilla y se debatió. Los soldados, tensos y más pálidos que de costumbre, no sabían cómo reaccionar. Estrecharon el círculo un paso más. El cerritano pensó: *estoy realmente jodido.*

Hasta que ella relajó los músculos y dijo algo con una voz llorosa, rasgada y derrotada.

Los pálidos arrojaron las armas al suelo y abrieron el cerco. La mujer jadeó cuando Garcan aflojó la presa, y le miró con un brillo extraño en los ojos, como triunfal. Él estiró una pierna y atrajo un puñal hacia sí con el pie. Muy despacio, metió los dedos por debajo de la hoja, dio una patada hacia arriba y atrapó el puñal en el aire.

—No vas a llamar a tu mantícora —afirmó él con sequedad, apoyando el filo en su garganta.

—No.

—Mejor así. —Hizo una mueca parecida a una sonrisa. Un pálido trajo un caballo—. Parece que eres muy valiosa para ellos. ¿Por qué?

—Metalogía.

—Ya, claro, brujería —farfulló Garcan—. Por aquí, los druidas agarran a las brujas y bueno... Te lo contaré otro día. Vamos.

Garcan, tenso como cuerda de arco, miró alrededor con los ojos ardiendo. Una gota de sangre manó del cuello de la mujer. Ella dijo algo siniestro en su lengua. Los soldados fruncieron el ceño y se apartaron un paso, dubitativos. Incluso el líder le pareció indeciso. Ella luchó y fracasó otra vez, y el cerritano la empujó hacia el caballo con su corpachón lleno de cicatrices.

—Vamos a tener que aprender a convivir —gruñó Garcan mientras la echaba sobre el caballo como un fardo.

—Te mataré —dijo ella sin atisbo de emoción—. Te matarán.

—Pero no hoy.

Garcan saltó sobre la montura, rodeó a la mujer con un brazo y tomó las riendas. Con el puñal bien sujeto bajo la barbilla de ella, azuzó al caballo sobre el polvoriento suelo. Trotaron entre las carrascas, hacia los cerros, persiguiendo la estela poniente de Caloji, el intenso sol de verano. La mujer se volvió a mirarle y, en sus ojos peligrosos y afilados, seguía destellando la victoria, lo que desconcertó al cerritano.

Al fin y al cabo, va a tener tiempo para examinarme. En todos los sentidos, por Tagodis. ¡Qué bien huele su piel!

—Podríamos volver a empezar esta relación —dijo él, al cabo de un rato—. ¿Cómo te llamas?

—Kara —gruñó.

—Estupendo, Kara. Vamos a tener mucho tiempo para que me hables de tu brujería, y de esas fantásticas Ciudades Nación al otro lado del mar. —Garcan suspiró—. Y como en los cuentos, cabalgaremos hacia el anochecer.

—En los cuentos —escupió ella—, el héroe no secuestra a la mujer. Ni cabalga desnudo.

—Ya, bueno, así es la vida.

Imaginarium

Yuly Alejo, ilustración



Nuestro barco ha encallado en las costas de un mundo devastado, un mundo nuevo, oscuro, y lleno de misterios aun por descubrir. El aire huele a polvo y sangre, en el horizonte brilla un crepúsculo sempiterno y agonizante, y bajo la luz mortecina de este cielo post-apocalíptico, los héroes alzan sus espadas contra temibles dragones, nuevas razas despiertan bajo el zumbido eléctrico de máquinas imposibles, y guerreras de mirada indómita y voluptuosas formas plantan cara al caos en medio de la devastación.

¿Qué terrible guerra ha conseguido desangrar esta tierra? ¿Qué poder inclemente de la

naturaleza ha quebrado de tal manera el mundo? ¿Y de dónde han salido las criaturas que se alzan entre los escombros y se agazapan en la oscuridad?

Estas son las preguntas que surgen en nuestra mente cuando nos adentramos en el mundo de Yuly Alejo, una imaginativa ilustradora malagueña que desde la temprana edad de seis años, ha llevado al lienzo sus fantasías. Ya formada como Técnico Superior en Ilustración en la Escuela de Artes San Telmo de Málaga, trabaja por encargo y abre su universo a autores y particulares ofreciendo trabajos de diseño editorial, gráfico y textil.

Aunque comenzó con las técnicas tradicionales, Yuly se ha especializado en el arte digital, con el cual plasma un mundo cargado de erotismo, fuerza, voluptuosidad y también horror. Un mundo de fantasía y contrastes en el que ilustradores como Luis Royo o Boris Vallejo han dejado una huella clara. Si deseas seguir vagando por él, aunque nuestro viaje termine aquí, no dudes en seguir el rastro de ésta fantástica artista, autora de nuestra portada de este número, visitando [su web](#) o su [página en Facebook](#).

Un pedazo de este universo lleno de misterios puede ser tuyo.

Myriam Crespo









Entrevista al Proyecto Golem

TIERRA QUEBRADA

Tierra Quebrada es Fantasía. Así de claros y contundentes se muestran sus creadores ante el abismal trabajo y entramado que esconde esta red. Un barco que zarpa por mares de propuestas disparas, siempre que la base sea la fantasía. Desde la difusión de la literatura fantástica con el [Proyecto Golem](#), hasta las conversaciones más absurdas y divertidas en [La Taberna de Dalfgan](#), pasando por [la Secuoya del Almanaque de los Tiempos Venideros](#) donde quien se atreva a aventurarse se topará con todo tipo de eventos de temática fantástica.

En este número de nuestra revista queremos descubriros uno de los muchos armazones de Tierra Quebrada, se trata del Proyecto Golem. Para conocer más a fondo las vicisitudes de este designio, no os perdáis nuestra charla con Aven, uno de sus creadores.

¿Qué es el Proyecto Golem?

El Proyecto Golem es un proyecto de Tierra Quebrada que pretende dar a conocer y promocionar a escritores e ilustradores de fantasía en lengua española entre todos nuestros lectores.

Este proyecto es algo más que la reseña de una obra. Es cierto que esta suele ser la primera toma de contacto con los escritores que buscan cómo promocionar su trabajo pero les ofrecemos mucho más.

¿Cómo es el método de trabajo de Proyecto Golem?

Con el libro en nuestro poder nos ponemos a trabajar en lo que acabará siendo la semana del autor. Le dedicamos a cada escritor una semana completa con la publicación de la reseña el lunes, la publicación de las mejores frases del libro el miércoles y la publicación de un reto con diez preguntas sobre el libro los viernes.

Además publicamos material adicional como booktrailers, mapas, presentaciones y firmas a medida que nos llega el material.

Al final toda esta información queda recopilada en la sección de [Consigue tu Ejemplar](#) donde el lector puede encontrar todos los libros que han pasado por nuestras manos con enlaces a las reseñas, frases, retos, booktrailers y puntos de venta oficiales. La idea de esta sección es fa-



Dulces Sueños por Recóndita Rick

cilitar el proceso de compra a los lectores. Ven un libro o un relato de un escritor que les gusta y a solo un clic de distancia pueden conseguir el libro.

Sin embargo en internet todo sucede muy deprisa y aunque una semana dedicada a un escritor es algo poco habitual en otros blogs de reseñas nos preguntamos que más podíamos hacer para promocionar los trabajos y libros que llegaban a nuestras manos.

Como resultado vieron la luz las ediciones periódicas del Proyecto Golem, en las que además invitamos a participar también a los ilustradores de fantasía.



Cada cierto tiempo (digamos que entre dos y tres meses) desde Tierra Quebrada proponemos un tema fijo a todos los escritores e ilustradores del Proyecto Golem. De esta manera se sigue hablando de ellos en la web y en las redes sociales y esta es una de las mejores maneras de dar a conocer y vender su trabajo a todos nuestros lectores.

¿Cómo nació Proyecto Golem?

Proyecto Golem nació con *“Cautivo de las Tinieblas”* de Jorge A. Garrido, ya que la web de la cual depende este proyecto, Tierra Quebrada, no es un website dedicado a las reseñas de libros, al menos no exclusivamente, y esa no era nuestra intención, pero la fantasía es una parte importante del mundo que estamos creando así que empezamos con obras clásicas como *“El Hobbit”*, *“Crónicas de la Dragonlance”*, etc. Pero después de contactar con Jorge para que nos enviara un ejemplar de su libro y de intercambiar algunos mails con él decidimos dejar de reseñar a los clásicos e invertir todo ese tiempo exclusivamente en autores españoles.

Temas tratados en las cuatro ediciones del Proyecto Golem

[Mundos de fantasía](#)

[Tabernas](#)

[Magia](#)

[Conversando con un dragón](#)

¿Cuáles han sido los trabajos que han surgido dentro del Proyecto Golem?

Proyecto Golem es más que promoción. Hasta la fecha han salido varios proyectos de colaboración paralelos al propio proyecto de los que nos sentimos especialmente orgullosos. Colaboraciones como las de la ilustradora Noelia Alcaraz, una habitual en cada edición, que ha trabajado ilustrando libros de autores del Proyecto Golem como *“Leyendas de Arreit”* de Rubén Falgueras o con colaboraciones para nosotros mismos en una de nuestras series de artículos en la web, *Survival Zombie:Lost Archives*.

Estas colaboraciones nos animan, animan al proyecto y lo llevan hasta el siguiente nivel, que permite que una colaboración pueda convertirse en un trabajo o en un proyecto conjunto entre ilustradores y escritores.

A parte del trabajo directamente relacionado con el proyecto como las reseñas, retos y recopilaciones nuestro compromiso con el Proyecto Golem va más allá. Invertimos tiempo y recursos en promocionarlo en foros de fantasía, asociaciones oficiales, librerías, blogs, etc. De esta manera no solo hay una promoción dentro de la propia web sino en la mayoría de lugares donde la fantasía tiene un papel destacado.

¿Quién puede participar y colaborar con Proyecto Golem?

Dado que se trata de un proyecto dedicado a

promocionar a escritores e ilustradores de fantasía en lengua española solo pueden participar aquellos escritores que tengan alguna novela publicada, de fantasía y en español. En el caso de los ilustradores no es necesario tener publicada ninguna obra.

En realidad hay diferentes niveles de implicación por parte de los colaboradores, desde escritores que compiten por ser los primeros en calidad y en publicar sus relatos en cada edición hasta los que se limitan a mandar su obra para la semana del autor.

¿Cuál es el público objetivo de Proyecto Golem?

Este proyecto es un espacio pensado para todos los amantes de la fantasía, un lugar donde descubrir nuevos talentos, nuevas historias o empezar una colaboración con alguno de los participantes.

Lectores de fantasía, escritores, ilustradores, editoriales... todos ellos pueden encontrar lo que buscan en Proyecto Golem.

Si nos remitimos a las cifras actualmente estamos llegando a las 2000 páginas vistas por día. De este total un porcentaje que ronda entre el 5 y el 15% son visitas diarias al Proyecto Golem y la tendencia es que cada vez sean más.

¿Cómo veis el futuro del Proyecto Golem?

El Proyecto Golem es un proyecto de largo recorrido y eso nos permite plantearnos metas más allá de la próxima semana o el próximo mes.

En el mundo de internet quedarse parado es morir, por eso cada día intentamos añadir algo de valor, más promoción en páginas, revistas, foros, estrechar lazos con nuestros colaboradores, ofrecerles oportunidades y contactos... Cualquier idea que nos pueda servir para mejorar nuestra relación con autores y editoriales o para que el Proyecto Golem sea más conocido son ideas que son bienvenidas y que intentamos hacer florecer con nuestros recursos.

Nuestro siguiente objetivo: reunir al mayor número de colaboradores en el I Encuentro Golem, aunque no descartamos aparecer en algún evento literario o *friki* a nivel nacional.

Jessica Tornos Yebes

Más información:

[Página web del proyecto Golem](#)

[Síguenos en facebook](#)



¿Quieres **publicar** **TUS RELATOS** en nuestra revista?



Los requisitos son muy **pocos y sencillos:**

1 Pertenecer a uno de estos tres géneros:
Fantasía, Ciencia Ficción o Terror.

2 Su extensión debe ser de **6 a 10** páginas de Word,
a tipo de letra Times o similar de 12 puntos.
[Si tu escrito tiene una extensión diferente, pregúntanos]

3 No exigimos exclusividad. Puedes publicarlo simultáneamente
aquí y dónde quieras. **Todos los derechos son tuyos.**

Fácil, ¿verdad?

¡No lo dudes! Si tienes alguna buena historia que contar, **envíanosla.**

Estaremos encantados de hablar contigo.

revista@editorialvalinor.com

La casa de Bradford Abbey

Un relato de terror de Arthur Charlan

Cuando la penumbra nos arrastra para derrumbarnos, siempre hay una red cósmica que nos rescata del abismo, conteniendo el aliento y el tiempo en una sola mano. Elena era particularmente singular, y eso lo sabía el espectro de la noche que se erguía amenazante ante ella.

Al atardecer, mientras el mar rehuía su mirada, Elena, como así la bautizó su madre cuando aún era una niña virgen e inocente —después que a su madre la bautizara su abuela con el mismo nombre y su bisabuela y su tatarabuela por el resto de las generaciones—, buscaba aquella dualidad sin contradicción al borde del acantilado como cada madrugada. Virtud que su familia había heredado de madres a hijas. Su piel desnuda se hacía eco de las ilusiones y anhelos que un día la embargaron en su más tierna adolescencia para abandonarlas años más tarde por el bienestar de su familia. Elena vivía con su esposo en la casa que habían alquilado para pasar una larga temporada, alejados del mundanal ruido de la gran ciudad, y a unos cuantos kilómetros del pueblo más cercano. La casa se encontraba en la cima del acantilado que rodeaba el pueblo de Bradford, levantada sobre las ruinas de la antigua abadía. Habían escogido aquel paraje solitario y apartado al oeste de Escocia para que Joseph pudiera dedicar más tiempo a su trabajo. Él era escritor y aunque solo hacía dos años que vivía de su vocación, estaba en un momento crucial para el desarrollo de su carrera.

Elena sabía que tenía que acceder a las pretensiones de su marido en cuanto a su necesidad de pasar tiempo rodeado de soledad y de silencio, fuera del estrés, del fluir de la vida diaria, del ajeteo constante y de las bocinas de los coches de la ciudad. Sacrificio que aceptó sin mediar

palabra. Jamás habló a su esposo de la maldición que tenía que soportar, ni de las tendencias suicidas que sufrían las mujeres de su familia, nunca le preocuparía con la carga que ella sola debía de soportar. Cada madrugada salía desnuda para observar la inmensidad del mar. Tal vez porque no siempre le era posible compartir emociones y sentimientos con sus amigos, siempre inexistentes. Disfrutaba de ese instante íntimo donde la soledad la iba tomando de la mano día tras día, hasta llegar a poseerla completamente. Esa misma soledad era la responsable de que cada noche, después de hacer el amor con Joseph, se embarcara en la periferia del suicidio.

Una noche, mientras caminaba al borde del precipicio absorta del peligro que corría, sus pensamientos se fundían con la brisa y el vaivén de las olas del mar chocando entre los salientes de la costa llena de rocas. El cielo menguaba a cada paso de sus pies desnudos y fríos, casi podía acariciarlo con sus manos. La noche se deslizaba triste, sintiendo la necesidad imperiosa de unirse a ella en el vacío de la madrugada para siempre. Un año más tarde, Elena dio a luz a su primera y única hija bautizada con el nombre de Elena MacPherson, siguiendo la tradición familiar.

Al día siguiente, un presagio sombrío se alzó sobre la casa del acantilado. El frío cortante clavaba sus cuchillos sobre los aldeanos. Elena fue encontrada flotando en las frías aguas del pueblo de Bradford, bajo el acantilado. Con el tiempo, Joseph encontró unas cartas en el desván, escondidas entre un montón de libros carcomidos por la humedad y el polvo. En ellas se confirmaban las dudas que ya tenía hacía tiempo y que daban respuesta a las preguntas que nunca le hizo en vida: el temor de que su esposa fuera descendiente de una estirpe cuyo nombre fue

arrastrada al olvido de la historia. ¡Las brujas de Salem! y que la casa había pertenecido a su familia por generaciones. Por lo tanto, no fue la casualidad la que los llevó hacia aquella casa en la cima del acantilado.

* * *

Durante algunos meses, Joseph se refugió exclusivamente en el hábito de la bebida, de la lectura y de la escritura de forma compulsiva. No dejaba de teclear la máquina de escribir que le regaló su padre cuando cumplió los doce años de edad en el pueblo de Hicksville, en Long Island. Su hija estaba bajo la compañía y el cuidado de Hanna, una mujer de mediana edad, amiga de la familia y encargada de ofrecerle todo tipo de cuidados.

Aquella noche llovía copiosamente sobre el pueblo de Bradford y en los alrededores de la casa del acantilado. Joseph observaba detenidamente desde la ventana, el aguacero brusco y obscuro que estaba cayendo. Con sus ojos semiabiertos y presa del cansancio veía cómo una finísima tela de agua transparente se convertía de repente en una espesa cortina que cortaba bruscamente el horizonte. Sumido en sus pensamientos, ensanchó los hombros y lanzó un suspiro hondo y profundo al aire cálido de la habitación, mientras las astillas del fuego que alimentaban la chimenea crisperaban en su interior. Agotado por el sueño, arrugó el entrecejo mientras las lágrimas hacían una inesperada presencia en sus ojos. La casa y la ausencia que su mujer dejó en él influían en los constantes estremecimientos que yergue en uno las montañas de pensamientos perniciosos. Esa misma noche, volvió a leer las cartas que hasta entonces mantuvo guardadas en un cajón de la mesita de su dormitorio. Todas ellas estaban atadas por un pequeño cordel de color blanquecino a su alrededor, desprendiendo un olor a jazmín que asoció rápidamente a las noches amorosas con su esposa. La casa se hizo presa del silencio con el paso del tiempo, alterado solamente por el tintineo constante de la lluvia sobre el tejado, y sus paredes blancas, desgastadas por el paso de los años.

Al día siguiente, Joseph se levantó del sillón donde había permanecido durante horas, sa-

boreando un ligero whisky aromático de sabor acaramelado en una copa de cristal, leyendo de nuevo las cartas de su esposa. No es raro que adelgazara, pues no salía al jardín desde hacía semanas y apenas probaba lo que Hanna dejaba preparado para comer y cenar. Todos estaban muy preocupados por él, su editor lo llamaba por teléfono constantemente a la cabina postal del pueblo, pero él no respondía a las llamadas que le hacían llegar, ni a las cartas, ni a los telegramas que se acumulaban ante la puerta de su casa y que Hanna iba dejando encima de la mesita del vestíbulo amablemente, apiladas unas tras otras, alimentando los silencios.

Esa tarde, Joseph se encaminó hacia la puerta de entrada, con las cartas de su esposa en la mano y los ojos vidriosos de un borracho. Abrió la puerta y observó detenidamente las hojas de los árboles a su alrededor, que parpadeaban entre las gotas de lluvia y la ligera brisa de una tarde húmeda. Aspiró el aire con fuerza hacia el interior de sus pulmones, sintiendo el olor a hierba mojada. Alzó los ojos al cielo y arqueó una leve sonrisa en sus labios, hasta que el veneno que introdujo horas antes en la copa de whisky hizo su efecto, acabando con su vida allí mismo, tumbado en el jardín, la lluvia cayendo sobre su cuerpo inerte mientras sus ojos se nublaban indiferentes ante la muerte. Unos años más tarde, su editor publicaría con el consentimiento de su hija Elena MacPherson la última novela que terminó el mismo día de su muerte, dando a conocer entre sus páginas su amor y el posterior suicidio.

* * *

Una noche tras otra, Elena MacPherson emitía en directo desde la antena de radio KWFM a todo el área metropolitana de Nueva York, ciudad a la que se trasladó años más tarde del fallecimiento de su padre. Un programa de notable audiencia a pesar de la hora, la una de la madrugada. La Gran Manzana, la metrópoli que nunca duerme, y donde la emisora aportaba a la ciudad un programa cuya característica principal era la de saber captar a sus oyentes a través de las historias que ellos pudieran contar. Aquellas historias que cada persona guarda en sí misma y no suele contar a nadie, aquellas

historias que se omiten por miedo al ridículo, por miedo al pasado, o por miedo a desvelar secretos, o simplemente por miedo a vivir. Una noche tras otra, Elena MacPherson se hacía eco de historias jamás contadas en los libros, y que ella misma iba recopilando con el beneplácito de sus oyentes. Relatos descritos por personas anónimas a las que ella desconocía. Solo la simple voz de sus oyentes la transportaba a un mundo inocente y caótico, al mundo donde solo las sombras de la noche tienen la custodia, y al que se veía arrastrada sin querer durante las horas que estaba en antena.

Pero esa noche Elena sería la protagonista de su propio relato, que serviría a modo de introducción a aquellos que la escuchaban, mientras una suave melodía de fondo recreaba el ambiente de la emisora y de aquellos que la atendían al otro lado del micrófono.

Esa noche escribió el contenido de su aliento trasgrediendo las reglas de aquel que se movía en las sombras, el relato lo tituló *"El nueve de diamantes"*. Elena MacPherson estuvo extinguiéndose en su propia narración, mientras su corazón tamborileaba, agravando la lectura para los oyentes y para sí misma sin darse cuenta. El miedo empezó a cobrar forma a través de las ondas sonoras de la emisora de radio. Durante esos mismos instantes no hubo llamadas al teléfono de la emisora. El silencio sepulcral llenó el habitáculo mientras Elena seguía emitiendo las voces de su pasado: *"Durante mucho tiempo, caminé a través de la oscuridad, por los valles sombríos de las fotografías que iban creándose a través de mis pasos errantes, sin saber muy bien dónde ir. Vagando por los sueños, de calle en calle y por los entresijos del terreno entarimado de Salem."*

Nueve de diamantes, carta que en su día me otorgó el espectro como símbolo de mi destino, nueve personas cautivas, nueve infortunios, ocho suicidios encadenados en la casa del acantilado de Bradford en Escocia, y yo debía ser la novena víctima. Me habían enseñado desde pequeña a seguir a aquel que nos guiaba desde las sombras para conseguir mis sueños y fortuna. Él velaba por nosotros entre las sombras, pero la realidad era muy distinta. Nos aconsejaba hasta desmoronar nuestras vidas, amasábamos fortuna mientras la muerte se apoderaba de nuestras almas, hasta desaparecer. Hasta que un día pude darme cuenta de que el cambio que necesitaba estaba en realidad en mí misma, en mi propia identidad, en el

cambio de un nombre, el mío propio, en negar a aquel que nos atormentó por generaciones. Un nombre que hasta entonces estaba ligado a las generaciones de mujeres de mi familia desde el siglo XVII, en la ciudad de Salem. Me vería obligada a dar un giro en el tiempo para sobrevivir y no depender de la fuerza externa que me mantenía esclavizada al pasado.

Por eso, amigos míos que estáis sintonizando la emisora de radio KWFM, quiero deciros que a partir de hoy mismo y según el registro civil del estado de la ciudad de Nueva York, he pasado a llamarme Helen MacDonald, habiendo utilizado por última vez el nombre y el apellido bajo el cual me bautizaron, el de Elena MacPherson."

Tras un breve silencio, un sonido espectral atravesó la KWFM de la ciudad de Nueva York, trasladándose también a cada hogar donde la emisora estaba siendo sintonizada, mientras un aire gélido dejaba helados a los que se encontraban en la cadena de radio, como si una presencia extraña hubiese penetrado de la nada hasta desaparecer. Entonces Helen encontró el bálsamo que reconfortaba su alma, dejando a sus colaboradores allí presentes ateridos de frío por lo que acababa de suceder.

Helen MacDonald años más tarde, visitaría de nuevo la casa del acantilado de Bradford Abbey en Escocia, recorriendo por última vez junto al espectro de sus antepasados el borde del precipicio, desnuda, como su madre acostumbraba, con la brisa ligera tocando su suave rostro en la madrugada, para acabar arrojando al vacío la carta del nueve de diamantes, firmada con su antiguo nombre. Y terminar de una vez con la maldición que había recibido de generación en generación, y con aque ser que atormentó a toda su familia desde el fatídico año de 1612 en la ciudad de Salem.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Arthur Charlan en [su blog literario e informativo](#)

A través del bosque rojo

Una relato de fantasía épica de Isabel Cisneros

Cuentan que en los tiempos del Sacro Imperio, en el corazón de los bosques de Alemania, una compañía de diez armados caballeros detuvo sus monturas ante el puente que vadeaba un pequeño riachuelo encendido por el atardecer.

Cuentan también que las bestias se negaban a atravesar las maderas, que los hombres guardaban silencio y superstición y que faltaban apenas dos horas para que el sol muriera tras las negras montañas del oeste.

A su espalda quedaban ya alargadas las sombras arbóreas. Frente a ellos, pasando el agua viva, el bosque en cambio se extendía profundo y aún resplandeciente, de un color completamente rojo tal como las vestiduras del cardenal al que escoltaban.

—¿Aguantará nuestro paso? —preguntó con dignidad el eclesiástico.

—Debe hacerlo, ha estado en pie más años que el recuerdo —tranquilizó el capitán.

—¿Aunque nadie lo haya cruzado en años? —insistió.

Y el capitán de la compañía evitó aventurarse a mentir asintiendo, pues no podía saberlo.

Y es que desde las grandes guerras nadie había atravesado aquellos bosques. Si el valor había llevado a algún osado hasta el río, a su regreso, ante quienes le preguntaban, las más diversas adversidades habían excusado su negativa a cruzarlo. Muchos fueron los que evitaban el corazón rojo del bosque, y muchos más los que no querían admitir sus temores, pues aquellas excusas habían formado leyendas y maldiciones. Y aunque todos quedaban parados en la orilla externa de las aguas, sucedía algo asombroso y unánime: todos habían sentido y visto cosas increíbles desde allí que poder contar junto a las

hogueras lejanas; aquellas que embellecen los recuerdos y siembran el valor del que relata sus hazañas, a distancia suficiente, por supuesto, de dónde dicen haber sucedido estas.

Mas siempre desde el lado sereno del puente, como cuento, en el que aún se encontraban la compañía y el cardenal. Ya que el más extendido de los rumores, y el preferido por todos porque eximía de la cobardía a todo aquel que lo relataba, era que nadie que se hubiere adentrado en el bosque rojo había salido de él para contarlo. Y aquello, sin duda, debía ser obra del maligno. Y para ello, por supuesto, habían llevado al cardenal hasta el lugar.

—Adelante —ordenó el capitán.

Y hubieron de desmontar para tirar de las riendas para que las bestias consintieran atravesar el cauce cristalino. Y este reflejó entre destellos, uno tras otro, el paso de hombres y caballos hasta la orilla que nadie pisaba.

Una vez en tierra el viento agitó las capas, el cardenal se santiguó entre murmullos, y todos le imitaron. Algunas hojas se desprendían para caer en la hierba tamizada por los tonos del otoño, pese a suceder todo esto durante el mes llamado de junio, en fechas de San Juan Bautista.

* * *

Avanzó pues en absoluto silencio la escolta del cardenal adentrándose en el bosque rojo cuando aún la luz hacía brillar sus armaduras. Y, sin mediar palabra, se limitaron a respirar con cuidado de no ser escuchados siquiera por la propia tierra que atravesaban.

Pese a la vitalidad de sus llamativos colores,

apenas se percibía movimiento alguno entre sus extraños robledales y hayedos de hoja carmesí. Ascendieron los riscos de musgos escarlatas y bajaron por senderos que ya no existían hacia las bajas extensiones del interior frondoso y olvidado; u omitido, pues olvidarlo nadie podía.

Cada uno de ellos recapacitaba sobre sus propias vidas y lealtades, también sobre la hazaña que estaban llevando a cabo y que les convertiría en grandes hombres ante el Imperio, y santos hombres ante Dios. Aunque ninguno de ellos era más voluntario que lo que el deber les exigía, y tal hastío reflejaba en sus incómodos rostros la inquietud de estar donde debían pero no donde quisieran. Y por eso nada hablaban. Y por eso se limitaban a cumplir las órdenes, que hasta el momento se habían limitado al único y terrible «adelante» pronunciado en el vado. En una lejana hora que ya quedó muy atrás.

Si así andaban los soldados, imaginemos entonces el estado de sus caballos. Temerosos como el que más y sin deber siquiera por el que estar allí. Los animales cumplen con lo que se espera de ellos, pero si hay algo que prima sobre sus reacciones es lo extraño, y aquel bosque cada vez lo era más. El más mínimo sonido, que sólo ellos escuchaban, les hacía detenerse y se negaban a avanzar. Relinchaban y pifiaban asustados sin que los hombres vieran causa de espanto. El cardenal volvía a santiguarse y ellos le imitaban.

—No debemos estar demasiado alejados, las bestias ya lo presienten —informaba el capitán.

—Obliguémoslas entonces a seguir —ordenó el cardenal—. Es la voluntad de Dios y no la suya la que debe guiarnos.

Y así lo hicieron. Aunque tuvieron que desmontar una vez más para conseguirlo. «Nada frena al Imperio, aunque para ello deba avanzar a pie», decían los alemanes en las tabernas.

Y a pie, tirando los soldados de las bestias, llegaron hasta la gran planicie conocida como la *llanura de los muertos*, y que era el único terreno del bosque abierto en claro, sin árboles que taparan el cielo oscurecido hasta rozar la noche, y teñido por los tintos del ocaso.

Y pese a ser claro abierto no era solitario ni yermo, sino que centenares de túmulos se levantaban en el centro del bosque rojo, cubier-

tos por la hiedra roja del paso del tiempo, sin flor ni belleza. Montículos pétreos funerarios que se amontonaban con antiguo respeto sobre las tumbas que cobijaban.

—Proceded —dijo el cardenal, y los caballeros intercambiaron miradas de dar y recibir valor.

* * *

Tras atar a los caballos en los últimos árboles, fueron adentrándose por parejas en los túmulos, allí donde el silencio era negro y la luz no permitía ver más que las sombras de las losas sobre la tierra. El cardenal quiso cerciorarse del cumplimiento total de su misión. Caminó hacia el primer túmulo para acompañar con sus oraciones el buen hacer de los soldados, aunque con ello tensara más sus temores.

—¿A qué estáis esperando? —Instó con nervios—. Apartad esa losa.

Los caballeros empujaron la fría piedra, una vez más por deber y no por gusto, pues temían lo extraño y aquello lo era. Y apareció ante ellos la ajada caja de madera que contenía los huesos de un esqueleto marchito.

—¿A qué estáis esperando? —Los nervios crecían—. Abrid esa caja.

Los caballeros abrieron la caja de madera y esta se partió con sólo posar en ella sus manos enguantadas, tal era su vejez. Y un cuerpo que ya no lo era se presentó ante sus ojos, envuelto en harapos de muerte y polvo. Y el cardenal comenzó a sudar.

—No es posible, ¿dónde están? —murmuró sintiendo sus piernas temblar.

Los caballeros buscaron y no hallaron las espadas que habían venido a llevarse.

El cardenal, frustrado, comenzó a creer que las habladurías de los alemanes no eran más que eso, habladurías; y que las leyendas estaban más muertas que el polvo de aquellas tumbas.

Pues por leyenda se decía en todo el condado que los espectros de los soldados rebeldes caídos se levantaban de sus tumbas para vengar la muerte de los cientos que perdieron su vida en aquellos bosques. Y que allí, donde el acero del

Sacro Imperio derramó tal cantidad de sangre que el suelo del bosque se cubrió por esta, las raíces de los árboles bebieron de ella y vistieron su rojo follaje para siempre.

Pero los soldados sí creían en las habladurías. Ellos eran los que estaban en las batallas y los que conocían los antiguos rituales funerarios. Sabían que el guerrero crea con sus armas un vínculo de vida y lo lleva tras la muerte, y que por ello son enterrados con sus espadas y escudos. Los soldados creen firmemente que son esos los únicos objetos que podrán pasar el umbral para ser utilizados por sus manos que ya no lo serán. Pues cualquier otro elemento material de la antigua vida que ya no les pertenece será inútil a su tacto.

Y aquella era la razón de sus preocupaciones. La del cardenal por no encontrar las espadas malditas que tenía permiso de Roma para profanar de las tumbas, y evitar así que no pudieran ser usadas por aquellos espectros. Y la de los soldados porque si no estaban allí sólo podían estar en las manos de los rebeldes.

Por parejas entraron y por parejas salieron de los túmulos, y el cardenal con ellos.

Y había anochecido.

Y en verdad afirmo que no se alegró el cardenal este de encontrar al fin las espadas que vino a buscar, pues las tenía frente a él, brillando a la luz de la luna fantasmagórica, en las manos del ejército de espectros que les aguardaban en el claro.

Palidieron los soldados más que los fantasmas. Pero nadie más que el cardenal.

Las guerras del Sacro Imperio se habían sucedido demasiados años atrás como para que nadie de los presentes hubiera podido participar en ellas. Pero cuando los espíritus son desposeídos de sus cuerpos inertes también son abandonados por el tiempo. Y es por eso que ven en los tabardos que hoy tiemblan ante ellos a los que ayer les mataron sin temblor de mano ni conciencia. Y también los mismos hábitos que respaldaron al emperador en la imposición de su fuerza en el hombre que ahora está paralizado, suplicando a Dios por su vida y no por su perdón.

El cardenal y los soldados no podían justificar siquiera su presencia allí, habían venido a

profanar las tumbas de los vencidos, a saquear sus preciados vínculos, sus recuerdos de vida y de guerra. Y la venganza de la muerte lanzó la carga terrible de los espectros. Y el frío del pasado sumergió a los soldados en un alarido silencioso que les rodeó y desmoronó hasta que no quedó ni rastro de ellos. Sólo polvo y dolor sobre la hierba roja.

Y esto es lo que se cuenta, pues nadie estuvo allí para verlo, pero todos lo saben. No dejaron ni gritos ni sangre. Ellos no permitirían jamás que se mezcle la sangre culpable con la sangre de los héroes que dieron el color a su bosque rojo.

Al que nadie quiere entrar, y del que nadie puede salir.

FIN

El alumno nuevo

Un relato de ciencia ficción de José Manuel Mariscal

Era el primer día de clases después de las vacaciones de Navidad y tenía ganas de empezar. Es cierto que a veces los niños me ponen de los nervios, y que alguno que otro me sobra en la clase por su comportamiento, pero enseñar es algo que realmente me gusta. Me gusta pensar que estoy ayudando a formar los valores de las personas que van a ser valiosas el día de mañana.

Llegué al instituto temprano y me fui a la sala de profesores donde me tomé un café de la máquina para hacer tiempo. Mientras estaba sentado disfrutando de mi bebida entró en la sala el director del centro con un chico que yo no conocía. El director indicó al chico mi posición y ambos se acercaron.

—Este chico es Carlos Serrano —me dijo el director antes de dirigirse al muchacho de nuevo.

—Tu nuevo profesor de química, José Manuel Martínez.

Le di la mano al muchacho. Me dio un fuerte apretón, como siempre he pensado que tienen que ser los apretones de manos, no como alguno que te da la mano como si le fueras a contagiar algo. También me gustó el detalle de que el chico me mirara fijamente.

—Parece que tenemos alumno nuevo. Encantado, chaval.

—Igualmente, don José Manuel.

Siempre me había incomodado que los chavales me trataran de usted. Sé que es una señal de respeto, pero el que no lo hagan no me parece que sea una señal de falta del mismo.

—Lláname José Manuel, de tú.

—De acuerdo.

El director tomó la palabra para dirigirse a mí.

—Bueno, como tienes clase a primera hora con el grupo al cual ha sido asignado, te va a tocar a ti presentárselo al resto de compañeros.

—Ningún problema.

Con una sonrisa se dirigió a Carlos antes de marcharse.

—Te dejo en buenas manos.

Deliberadamente llegué con Carlos al aula con un par de minutos de retraso. Quería que todos sus compañeros estuvieran ya allí para que le conocieran. De cualquier forma, cuando llegamos muchos aún estaban fuera de su lugar, e incluso alguno ni se percató de mi presencia cuando hice mi aparición. Di un par de palmadas para hacerme notar.

—Hombre, buenos días, José Manuel, ¿qué tal las vacaciones?

—Muy bien, Bruno. Haz el favor de ocupar tu sitio. Por favor, cada uno a su sitio.

Bruno obedeció. No así Jesús, que permanecía sentado sobre el pupitre de Irma, la chica más guapa de la clase, ejerciendo de macho alfa en prácticas. Jesús era uno de esos pocos que me sobraba en la clase. Además no me gustaba verlo hablando con Irma, ella era buena estudiante y podía echarla a perder. Afortunadamente no parecía prestarle mucha atención.

—Jesús, haz el favor de sentarte, y no me hagas repetirlo más.

Jesús se volvió hacia mí. Sacando a relucir su chulería innata se levantó del pupitre de Irma, le hizo a ésta una carantoña en la barbilla, se volvió hacia mí durante un segundo con mirada desafiante, y marchó a sentarse al fondo de la clase tomándose con toda la calma del mundo. Me dirigí a Carlos.

—Carlos, allí tienes un sitio libre.

Mientras Carlos tomaba asiento le anuncié su incorporación al resto de la clase.

—Bueno, como veis, tenemos un alumno nuevo. Carlos, siento ponerte en este apuro, pero haz el favor de ponerte en pie y presentarte a la clase.

Carlos, con gran decisión se volvió a poner en pie tras colocar sus pertenencias adecuadamente sobre la mesa. Habló con decisión, únicamente le noté cierto nerviosismo al ver cómo juguetaba con un bolígrafo entre sus dedos.

—Hola a todos, me llamo Carlos Serrano, me acaban de trasladar a este centro desde el Instituto Gabriela Chávez y... bueno, no sé qué más decir.

Se escucharon pequeñas risas cómplices en el aula. Carlos me miraba sonriendo y como preguntando de qué más podía hablar. No pude evitar sonreír yo también. La verdad que fue una tontería por mi parte decirle que se presentara, ¿qué más iba a contarle a sus compañeros?

—Muy bien, Carlos, gracias, siéntate, por favor. Vamos a empezar la clase.

Cuando Carlos volvió a tomar asiento se le cayó el bolígrafo al suelo. Nada había de llamativo en este suceso banal, pero es que para recogerlo el chico nuevo no hizo ningún movimiento. Simplemente miró el bolígrafo en el suelo y éste levitó hasta colocarse en la mesa. Se escuchó cierto murmullo entre los alumnos que lo vieron.

Se llevaba ya unos meses hablando del tema en todos los medios de comunicación, pero no había podido ver a ninguno hasta ese momento. No se sabe muy bien desde cuándo, cierto sector de la población estaba empezando a mostrar ciertas habilidades de telequinesis. Al principio se tomó como un hallazgo científico, algo así como un nuevo paso evolutivo para la raza humana, pero cuando los cadáveres de dos hombres con esta capacidad fueron encontrados en un parque con la palabra “monstruo” tatuada con sangre en el pecho, no se prohibió, pero se recomendó a la gente que no hicieran manifestación de su poder, por su propia seguridad. No sabía decir si Carlos era un muchacho valiente o temerario. Consideré que lo más oportuno era continuar con la clase ignorando lo que, por

otra parte, era un hecho extremadamente banal.

Pasaron los días y las clases avanzaban a un ritmo normal. Respecto a la habilidad de Carlos no hubo más noticias en mucho tiempo, hasta un día que me tocaba hacer guardia en el recreo.

La chavalería se encontraba en el patio jugando al fútbol. Carlos ocupaba la posición de portero. En un momento dado, Jesús lanzó un trallazo hacia su portería en dirección a la escuadra. Carlos no tenía ninguna posibilidad de llegar.

—Vaya golazo —dije en voz casi inaudible.

Sin embargo, cuando el balón parecía que iba a entrar sin remisión, cambió de dirección bruscamente, como si una mano invisible lo golpeará con el puño, y no fue gol.

Hubo un ligero desconcierto, pero Jesús lo vio claro desde el primer momento. Se dirigió hacia Carlos con ademán agresivo.

—Eso era gol, monstruo.

—Yo no he visto la pelota entrar en la portería.

Jesús le sacaba la cabeza a Carlos. Desde luego el chico era temerario. Decidí tomar cartas en el asunto, pero apenas había dado un paso hacia la escena de la discusión y, sin tiempo para llamar su atención, vi como Jesús lanzaba el brazo hacia Carlos para darle un puñetazo. Ya me veía separándoles entre una manada de quinceañeros jaleando para que se atizaran, pero antes de que Jesús golpeará, el balón, no sé de dónde salió, pero apareció por el aire golpeando a Jesús en la cara y derribándole. Estaba todavía en el suelo cuando llegué a su altura. Miré a ambos.

—¿Qué pasa aquí?

Jesús habló mientras se levantaba del suelo.

—Este monstruo, que es un tramposo. Y como me vuelva a dar un pelotazo le voy a partir la boca.

—Tranquilo, Jesús. He visto la secuencia completa. No vuelvas a llamar “monstruo” a tu compañero.

—Es lo que es.

—Ahora mismo los dos vais con el director.

Carlos no entendía por qué.

—¿Yo qué he hecho? He usado una habilidad

mía innata. Igual que él tiene habilidad para golpear bien el balón y mandarlo a la escuadra. No es justo.

—No te llevo con el director porque hayas evitado el gol con tu habilidad. Te llevo por el pelotazo que le has dado a Jesús después. Y si hubieras cogido el balón con las dos manos y se lo hubieras lanzado a la cara siguiendo la pelea también te llevaría.

Carlos no quedó muy conforme con mi decisión. Realmente, yo tampoco.

Al día siguiente tenía clase con el grupo de Carlos a primera hora. Apenas encontré a Carlos y cuatro alumnos más. Cuando pregunté el por qué de tantas ausencias ninguno me supo contestar.

A media mañana el director fue a buscarme a la sala de profesores para que le acompañara al despacho del jefe de estudios. Cuando llegamos nos encontramos allí a éste acompañado de cinco mujeres y dos hombres. Todos eran padres de alumnos que se habían ausentado en la clase anterior. Entre ellos estaba la madre de Jesús. Había venido varias veces a tutoría a hablar conmigo y preguntarme por qué su hijo suspendía. Era la típica madre que se cree que su hijo es el muchacho perfecto en lugar de un meritorio aspirante a desecho social.

El jefe de estudios habló.

—De acuerdo, ya estáis aquí. José Manuel, tú presenciaste el incidente entre Carlos y Jesús ayer, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Nada, la típica pelea entre chavales por el fútbol. Ni siquiera llegaron a las manos.

—Claro, porque a ese monstruo no le hace falta usar las manos —interrumpió bruscamente la madre de Jesús. El director intentó calmar los ánimos. Se le notaba molesto por el calificativo que había usado para referirse a Carlos.

—Tranquilidad, por favor. Mencionemos a los chavales por su nombre.

La madre de Jesús ignoró el comentario y siguió a lo suyo.

—Mi hijo pasó ayer toda la tarde con fuertes

dolores de cabeza por la agresión de ese... niño. Mientras siga viniendo a este instituto nuestros hijos no acudirán a clase.

Solté una pequeña risa que provocó que aquella ordinaria mujer me fulminara con la mirada. No lo pude evitar, primero me parecía ridículo que Jesús tuviera jaquecas, ya que la pelota le derribó porque le pilló desprevenido, no porque hubiera sido lanzada con excesiva fuerza, y por otro lado es que no pude evitar reírme cuando pensé que, por lo que a mí respectaba, ese niño se podía quedar en casa todo el tiempo que quisiera.

—No podemos expulsar a Carlos por darle un pelotazo a su hijo, señora —dijo el jefe de estudios.

—No es por el pelotazo. Es que es peligroso. Hoy es un pelotazo, mañana quién sabe.

—Señora, no podemos echar a Carlos porque su habilidad sea potencialmente peligrosa. Jesús, por ejemplo, posee bastante más fuerza que la mayoría de sus compañeros, y podría usar esa fuerza de forma peligrosa. ¿Cree usted que también deberíamos expulsar a su hijo por eso?

—Mi hijo es normal.

Se hizo un incómodo silencio que rompió el jefe de estudios.

—Este tema se acaba aquí. Hagan el favor de salir de mi despacho que tenemos asuntos más importantes que atender.

—Haremos lo que haga falta —amenazó la madre de Jesús.

Durante las siguientes semanas, a la entrada y salida de clases una cantidad cada vez mayor de padres se presentaba en la puerta del centro con pancartas. Cuando aparecía Carlos empezaban a gritarle. Era grotesco ver esa actitud respecto a un muchacho de quince años, que aguantaba estoicamente y con orgullo la situación, como si para él aquello fuera ya algo conocido. Cuando aparecían el director y el jefe de estudios también había gritos, aunque menos. Afortunadamente, a mí me dejaban tranquilo.

Desde el día del incidente nunca tuve más de cinco alumnos en la clase, y un buen día Carlos también dejó de ir, pese a que hasta el último momento siempre cumplió con sus obligaciones estudiantiles como si nada ocurriera. Para

el primer día del tercer trimestre recibí la noticia de que Carlos había vuelto a cambiar de instituto, y de nuevo me encontré con el aula llena. Cuando entré en el aula, recién recibida la noticia del traslado de Carlos, esperaba encontrarme el típico bullicio, pero todo el mundo estaba en su sitio. Todos excepto Jesús, que volvía a estar sentado en el pupitre de Irma, que se mostraba ciertamente incómoda.

—Jesús, haz el favor de dejar a Irma tranquila — fueron mis primeras palabras al llegar.

Jesús se levantó del pupitre y se volvió hacia mí con media sonrisa. Se disponía a dirigirse hacia su pupitre cuando volví a hablarle.

—Jesús, ¿qué vas a hacer el día de mañana?

Se quedó de pie en medio del aula, sorprendido. No se esperaba la pregunta.

—¿Qué?

—¿Qué vas a hacer el día de mañana? Me refiero a cuando dejes el instituto.

—¿A cuento de qué viene eso ahora?

—Jesús, vas a cumplir dieciséis años y ya no tendrás que estar escolarizado obligatoriamente. Si quieres un consejo lárgate de aquí y búscate la vida de cualquier forma, porque no vales para nada.

Un tenso silencio recorrió el aula. Noté nervioso a Jesús, pero no me callé.

—Vas a ser la última mierda allá donde vayas durante toda tu vida, Jesús. No vales para nada... y lo sabes.

Con ese último comentario conseguí que se enfureciera y me gritó.

—¡No tienes derecho a hablarme así!

—Tengo derecho a hablarte como me dé la gana. Eres un pedazo de basura. Ahora, lárgate de mi clase.

Dudó, estaba desconcertado. Seguí hablando.

—Me da igual lo que hagas fuera y dónde vayas, pero en mi clase sobras.

Con una expresión en la que se notaba enfado y agobio, Jesús decidió salir del aula. Después impartí la clase como si nada hubiera ocurrido.

Tras las pertinentes quejas de la madre de Jesús me abrieron expediente y me suspendieron

de empleo y sueldo unos meses. Durante ese tiempo me arrepentí de lo que le dije tantas veces como orgulloso me sentí. Nunca tendré claro si hice bien o no.

Al inicio del curso siguiente se acabó mi sanción y volví a darle clase a aquel grupo, pero un curso más avanzado. Me recibieron estupendamente y me volví a relacionar con ellos tan bien como siempre desde el primer día que les conocí. La única diferencia que hubo aquel año es que Jesús no estaba ya en clase.

FIN

Una serie de terror y aventuras de Géraldine de Janelle

«Christall» es una serie mensual de relatos ambientados en la llegada y exploración del Nuevo Mundo. Un lugar desconocido y misterioso para la mentalidad de los personajes de esta narración, que nos transporta a épocas antiguas a través episodios históricos mezclados con oscura fantasía.

La sombra del puerto

III

Don Álvaro corrió por el callejón intentando escapar de la oscuridad pero penetrando cada vez más y más entre las sombras.

Sus pensamientos se agitaban. Si el grotesco ser que había contemplado con horror escasos segundos atrás era realmente la muerte haría bien en temerla a partir de aquella noche. «¿Dónde demonios está el final de la calle?», se preguntó nervioso. Apenas permitían ver los adoquines del suelo que vibraba bajo sus pies, como si una respiración contenida medrase bajo sus botas. Entonces un terrible hedor golpeó su rostro y el escriba frenó su carrera, completamente pálido.

Recordaba esa inmundicia: era el aliento de los abismos del mundo. Una emanación infernal que ya había sentido cuando las profundidades del callejón de la taberna se habían convertido en las propias fauces negras del averno. Miró a su espalda y nada encontró allí. Buscó bajo la capa y sus dedos blancos se aferraron al humilde cuchillo aún manchado por la sangre del pirata que acababa de asesinar.

—¡Maldito seas! —gritó sin saber a quién o qué le gritaba; las piernas le temblaban.

Y por respuesta llegó el silencio y la respiración antinatural.

Un frío viento llegó desde su espalda en dirección al fondo de la calle, que se perdía frente a él. La capa y cabellos de don Álvaro de Leonor se agitaron con violencia y la vibración subió en

intensidad tal como si...

«Dios mío —se alarmó—, la calle está inspirando»; y sin tiempo apenas a reaccionar las fauces del callejón se abrieron y lanzaron contra él tres pérfidas lenguas de fuego negro que hicieron arder la capa tras la que se protegía. Instintivamente se deshizo de ella y la tiró hacia un lado con rapidez, mientras se consumía entre llamas oscuras.

No había tiempo para huir, tampoco lugar por el que hacerlo. Hacía tan solo unos días se hubiera parado a rezar por su salvación, pero ahora se había arrojado a aquel delirio, aceptando lo inaceptable, asumiendo lo que sus ojos veían pero que no podía existir. Y aullando como un loco corrió hacia aquel rugiente vórtice dentado, esgrimiendo su cuchillo como había visto hacer a la muchacha, dispuesto desaparecer.

La boca se cernió sobre él y le transportó hacia el gran vacío, violento y caótico. Le sumergió en el dolor más irracional que le aplastaba como los anillos de una gigantesca serpiente. Don Álvaro intentaba liberarse, clavaba su cuchillo a diestro y siniestro, sin destreza pero con todas las fuerzas y rabia que podía reunir. Mas este atravesaba la carne negra de la serpiente como si a pesar de estar aplastándole fuera intangible e inmune a sus ataques.

La desesperación hizo mella en el hombre. Pataleaba, apuñalaba e incluso mordía al ser surgido de las vísceras del nuevo mundo. Las fuerzas le

abandonaron tras todos y cada uno de sus fracasos; y cuando se abrió ante su rostro un terrible ojo con iris de fuego, perdió toda esperanza. La serpiente le observó con la maldad más insondable. Lejanos y profundos gritos atormentados surgían de las llamas que contenía su mirada.

—¿Qué quieres de mí?!—clamó el escriba.

El ojo parpadeó entonces y los anillos se cerraron con más fuerza. Escuchó un horrible crujido y un líquido ardiente inundó su rostro. Don Álvaro ahogó el último grito de su garganta al percatarse de que la serpiente se agitaba dolorida, pues no era su sangre la que le bañaba, sino que aquella repugnancia brotaba del ojo de la bestia. Un ojo cargado de ira y atravesado por un cuchillo mellado.

El hombre fue liberado violentamente en medio de un chillido agudo y múltiple, voló por los aires hasta chocar contra las piedras de la pared de una de las casas. Las fauces del callejón le habían escupido y ahora sangraba, aturdido. Intentó incorporarse con la mirada nublada, intuyendo la silueta de la serpiente retorcerse en el interior de las fauces del callejón.

—¿Dónde estás?—preguntó a su alrededor.

—A tu lado—dijo la chica.

Sintió su mano helada rozándole los dedos. La agarró con firmeza y ambos echaron a correr.

* * *

La taberna estaba más vacía que de costumbre y los pocos piratas que bebían junto a las mesas guardaban un extraño silencio. Aquella situación mantenía en alerta al escriba más si cabe.

Estaba sentado junto a la chica. Una vez más en la mesa más apartada de todas, una vez más alejados de las titilantes luces de las velas. Apenas habían hablado desde que llegaron y para don Álvaro no era menos intrigante el cómo habían escapado de las sombras que el por qué había consentido volver a aquel tugurio en el que le quisieron matar.

—No te harán nada mientras estés conmigo.

—¿«Mientras»?—preguntó don Álvaro a la muchacha.

Esta le observaba, seria y ojerosa. Pálida, como

siempre, con el pelo mojado, vestida con el mismo atuendo negro de marino y algunas vendas caídas en sus brazos.

—Les doy miedo.

—Lo sé—contestó el escriba.

La camarera apareció para dejar una jarra de cerveza frente a él, y unas monedas sobre el tablero, delante de la muchacha. Ambas se miraron y la mujer asintió satisfecha, regresando tras la barra. Don Álvaro nada quería preguntar sobre aquello, pero cuando la chica puso sus manos sobre los doblones y los arrastró hacia él, entornó la mirada sin comprender nada.

—Toma—dijo la muchacha de forma inexpressiva—, son tuyos.

—No hay razón para que me pagues nada. Además, es demasiado dinero.

—No te los doy yo, sino ella—susurró con discreción—, y te aconsejo que los aceptes.

—¿De qué estás hablando?

La chica mantuvo su mirada sobre él durante unos segundos.

—Tú has matado a ese pirata—contestó entonces en voz baja, con tranquilidad pasmosa—, tuya es la recompensa.

Don Álvaro parpadeó sin poder creer lo que estaba escuchando. Giró su rostro hacia la barra y se topó con la dura mirada de la mujer. Cogió las monedas y esta sonrió con complicidad mientras guardaba unas mugrientas jarras en los armarios.

—Fue él quien me atacó—se excusó sin alzar apenas la voz, volviendo de nuevo la cara hacia la chiquilla.

—Eso no importa—contestó—, pagaban por su cabeza.

Don Álvaro no quería saber más de aquellas cuestiones. Los ajustes de cuentas, deudas y tropelías que se cometieran en aquellos bajos fondos no eran algo de lo que quisiera ser partícipe, aunque sin pretenderlo ya lo había sido.

—No te preocupes—le dijo la chica, impasible—. Al principio es extraño, pero luego piensas que si no eres tú le habría matado otro de igual forma.

—¿Has... matado por dinero?—preguntó incrédulo el escriba.

Ella volvió a mantenerle la mirada fija y perdida. Resultaba bastante inquietante.

—No puedo hablarte de eso aquí.

—Comprendo.

—Ven —dijo poniendo sus pequeñas manos blancas sobre la mesa—, dame las manos.

El escriba la miró con desconfianza.

—No te voy a hacer nada —aseguró ella.

—¿Dónde vamos?

—Dame las manos —insistió.

Y él lo hizo.

Y al hacerlo sintió un intenso frío recorrerle el cuerpo y un tenue aire moverse en círculos en torno a ellos. La respiración se le aceleró y, sin poder apartar la mirada de los ojos de la chica, que seguían fijos en él, intuyó que algo había cambiado en la taberna. Cuando ella le soltó miró a su alrededor.

Todo el mundo había desaparecido.

—¿Qué demonios...!

Una ondulante oscuridad enrarecía el ambiente del local. El interior estaba sumido en el más absoluto y confuso de los silencios.

—¿Dónde han ido? —preguntó.

—Siguen ahí —respondió ella—, somos nosotros los que nos hemos ido.

—¿Ido adónde?—preguntó el hombre enfadado, poniéndose en pie—. ¿Qué clase de brujería es esta?

—Yo no soy ninguna bruja —respondió la chiquilla indignada—. Simplemente puedo entrar aquí.

—¿Aquí?

—Sí, ya has estado antes, conmigo.

El escriba entonces se puso alerta. Cada vez que las calles se volvían «oscuras», algún ser terrible aparecía de la nada.

—Tranquilo. No estamos tan adentro —intentó tranquilizarle la muchacha—. Siéntate, por favor. Este es el único lugar en el que puedo ocultarme de los de fuera.

—¿Ocultarte? Debes estar completamente loca... Este lugar es aún más peligroso y letal que el exterior.

—Lo sé.

—¿Y por qué demonios entras aquí?

Y fue en aquel preciso momento cuando un brillo apareció en los ojos inexpresivos de la chica; un lejano sentimiento recóndito que parecía aflorar sin su consentimiento.

Don Álvaro no comprendía qué había pasado ni dónde se encontraban. No podía imaginar las razones por las cuales una joven muchacha, que apenas era una niña, querría esconderse entre aquellas siniestras sombras que ocultan tales terribles bestias. Nada sabía él de los diversos planos de profundidad que componen la existencia. No, desde luego que tampoco había estudiado en la gran universidad de Salamanca cosa alguna relativa a las sombras, los invisibles y, menos aún, sobre la existencia de los intangibles; pero si algo sabía, era que aquella chica le había salvado la vida ya en dos ocasiones y que más le valía escuchar lo que tuviera que contarle.

—No recuerdo cómo aparecí aquí —dijo—. Simplemente estaba sola, envuelta en estas nieblas. Vagando perdida sin saber quién era ni qué lugar era este. No recordaba nada. Me sentía muy cansada y quise pasar la noche sentada en un rincón del puerto, sin saber que aquí la noche nunca termina.

»No podía dormir, ya nunca duermo, pero me mantenía en silencio y con los ojos cerrados. Una vez llegó a mis oídos una melodía muy lejana. Era tranquila como una nana y conseguía adormilarme. Sin darme cuenta comencé a tararearla en voz baja, con los ojos cerrados, y nuestras voces pronto se unieron en aquella música. No me di cuenta de que ella me había escuchado y que estaba cantando conmigo.

—¿Ella? —preguntó el escriba y la chica asintió.

—Sí, extiende su canción para ver si alguien responde. Yo lo había hecho y me había encontrado. Escuché sobresaltada que se acercaba, fría y acechante. Abrí los ojos cuando temí que viniera para hacerme algo malo, o que quisiera llevarme con ella.

»Me asusté y corrí hacia los callejones. Encontré un edificio vacío y me escondí dentro de él. En completo silencio observé desde las sombras por la ventana; y entonces la vi aparecer por la calle. Cantaba su canción, pero ya no podía escuchar-me.

—¿Quién era?

La chica ladeó la cabeza.

—La muerte.

El silencio se extendió entre ambos. Don Álvaro quedó paralizado ante aquella historia.

—La muerte vino a por mí y no me encontró. Está enfadada y daba vueltas por las calles del puerto, acercándose muchas veces hasta el edificio del que yo no quería salir. Podía escuchar su canto lejano, entre las nieblas.

»Verás, muchos de esos piratas merecen morir, y hay quien paga a quien les mate. Alguien lo va a hacer tarde o temprano, y por eso yo... me adelanto y los dejo en el suelo. Para que la muerte se los lleve a ellos y deje de perseguirme a mí.

—Pero...

—Permanecí escondida en aquel edificio durante mucho tiempo. Allí me sentía a salvo, aunque escuchaba constantemente aquella canción en la lejanía. Cuando estaba muy cansada a veces me sorprendía tarareándola inconscientemente, y rápidamente me tapaba la boca y me ocultaba en el rincón más apartado. Terminé por permanecer siempre allí, sentada y con la cabeza escondida entre las rodillas.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí encerrada?

—No lo sé. Podría ser mucho, o podría ser aún más. Pasé largo tiempo escondida en un rincón del edificio, con la muerte rondando el exterior. Y al final dejó de venir. Al poco tiempo comencé a escuchar ruidos y extraños pasos invisibles. Me rodearon sombras y murmullos que fueron siendo cada vez más claros. Estaba asustada y me senté en el rincón más apartado de este lugar.

Don Álvaro se estremeció.

—Ante mis ojos comenzaron a aparecer cuerpos y rostros de piratas que bebían y reían en una taberna invisible que se formaba a mi alrededor. No sabía qué sucedía y permanecí callada e inmóvil hasta que la camarera reparó en mí al verme sola. No puedo explicarlo, pero de repente estaba completamente en el exterior. Fuera de aquí, me refiero.

El escriba miró a su alrededor una vez más, sintiendo la necesidad de volver a su realidad.

—¿Hay alguien más aquí dentro?

—Los muertos que traigo, la muerte y las som-

bras. No he visto a nadie más.

—¿Qué son esas cosas que nos atacan?

La chica se encogió de hombros.

—No lo sé. Aparecen cuando la muerte se marcha.

—¿Son reales?

La chica le miró sin saber qué contestar.

—No deberíamos volver a entrar aquí —sentenció el escriba.

—No tengo elección —la chica le clavó la mirada—, y tú tampoco.

—¿Yo? —rió nervioso el hombre—. Yo no tengo nada que ver en todo esto, no pienso volver a entrar en estas nieblas. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque aquí ya te han visto. Y cuando te ven ya no te van a olvidar.

—¿Te refieres a esa serpiente?

La muchacha asintió.

—¿Qué es?

La chica volvió a encogerse de hombros y don Álvaro golpeó la mesa, impotente. La miró frustrado. Ella mantenía la misma frialdad inexpressiva habitual, quizá con un matiz de confusión. El escriba no podía dejar de compadecer la suerte de aquella muchacha, recordó la historia que contaban sobre ella y la imaginó con claridad en su mente, cayendo por la borda del barco. «¿Pero qué estoy haciendo? —se recriminó a sí mismo—. Es sólo una chiquilla.»

—Discúlpame. Todo esto es demasiado extraño para mí. No sé por qué me están sucediendo estas cosas, ni si son reales. De no ser por ti estaría ya muerto.

La chica guardó silencio.

—Intenté apuñalar a esa serpiente —recordó el hombre—, pero mi mano la atravesaba como a una sombra.

—Es una sombra. Mira —ella puso de nuevo las manos sobre la mesa—, dame las manos.

—No pienso ir más adentro.

—No es eso. Toca mis manos.

Don Álvaro lo hizo, o lo intentó, porque sus manos atravesaron las de la muchacha sin sentir más

que un intenso frío al pasar por el espacio que ocupaban.

—Pero... —parpadeó incrédulo— yo te he visto atacarlos y clavarles tu cuchillo.

—Este es el lugar de los muertos, las armas de fuera no les hacen nada. —La chica puso su cuchillo mellado sobre la mesa, estaba viejo y algo corroído—. Este cuchillo es diferente.

—¿Por qué razón? —el hombre lo miró.

—No lo sé, lo tengo desde que recuerdo. Hay un hombre, un herrero del puerto que vive en la jungla, que me dijo que no era una hoja como las demás. Él puede conseguirte uno.

—Te repito que no voy a volver aquí.

—Piensa lo que quieras. No tienes alternativa.

Aquella frase se repitió constantemente en la cabeza del escriba, como una condena.

—Quiero salir de aquí —murmuró, sintiéndose repentinamente cansado.

Ella asintió.

La niebla comenzó a disiparse, y poco a poco el interior de la taberna se hizo visible. Al principio como una tenue imagen fantasmagórica, después por completo. Nadie parecía haberse percatado de su ausencia.

—No lo entiendo... —dijo pensativo don Álvaro—, si pudiste salir de ese lugar ¿por qué entras de nuevo?

—Porque si no me aseguro de que la muerte se los lleva a ellos, no sé si me sigue buscando a mí.

—Quizá aquí fuera estás a salvo —sonrió el hombre.

—No. Desde aquí también escucho su canción.

Continúa el próximo número.

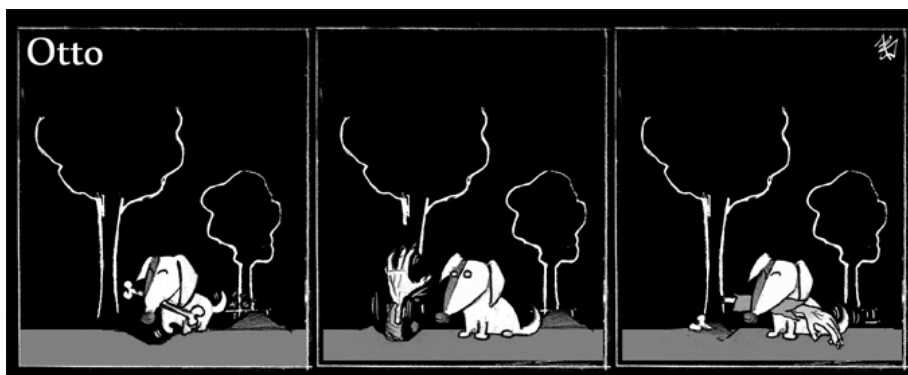
Si te ha gustado el relato puedes seguir a Géraldine de Janelle en su [web](#).



Otto

Boebaert

¿Conocéis a Otto? Es un pequeño perro, ajeno al amanecer zombi, que descubre que su amo se encuentra "un poco raro". Contamos con sus extrañas tiras cómicas con nosotros cada mes. ¡No os lo perdáis!





CUC DE PI



Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados profesionales



www.correccionprofesional.com

TERRA



QUEBRADA

¿Quieres.
anunciarte
en nuestra revista?

Al ser una publicación

GRATUITA,

la **Revista Valinor**

**LLEGA A MUCHOS LECTORES
Y PASA POR MUCHAS MANOS.**

No lo dudes,
si quieres que te vean, contacta
con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com

WWW.UNDERCINE.COM

UNDERCINE

CINE DE TERROR. CINE FANTÁSTICO Y MUCHO MÁS



EDITORIAL VALINOR
www.editorialvalinor.com